

Antonio Arrue, el carlista que colaboró en el relanzamiento de Euskaltzaindia

Antonio Arrue, Euskaltzaindiaren suspertzean lagundu zuen karlista

Antonio Arrue, le Carliste qui collabore au renouveau d'Euskaltzaindia

Antonio Arrue, the Carlist who help relaunch Euskaltzaindia

MARTORELL, Manuel
Periodista y doctor en Historia

Sarrera data: 2012-02-21

Onartze data: 2012-07-16

Euskera. 2011, 56, 3. 847-872. Bilbo
ISSN 0210-1564

Antonio Arrue, euskal ikasketa eta ikerketan esparruan pertsonahi nahiko ezezaguna izan da. Modu desegokian frankistatzat hartua izan da, aitzitik, 50 eta 60. hamarkadan zailetan, karlismoak Euskaltzaindiari eman zion bultzadaren isla izan zen. Arantzazuko Biltzar historikoan ekarpen garrantzitsu egin zuen, bertsolaritzaren garapenenan lagundu zuen, eta oro har, Euskaltzaindiaren lana eragozten zuten oztopo administratiboak gainditzen lagundu zuen.

Hitz-gakoak: Antonio Arrue, karlismoa, gerra zibila, euskal foruak, Arantzazuko Biltzarra.

Antonio Arrue tal vez sea una de las figuras más desconocidas en los ambientes dedicados al estudio, conservación y fomento del euskera. Considerado erróneamente franquista, representó en los difíciles años 50 y 60 del pasado siglo la contribución del carlismo al renacimiento de Euskaltzaindia, realizando una gran aportación a la misma en la celebración del histórico congreso de Aranzazu, en el desarrollo del bertsolarismo y para resolver las trabas administrativas que lastraban su actuación.

Palabras clave: Antonio Arrue, carlismo, franquismo, Guerra Civil, fueros vascos, congreso de Aranzazu

Antonio Arrue est peut-être l'une des figures les moins connues dans les domaines de l'étude, de la préservation et de la promotion de la langue basque. Considéré à tort comme franquiste, au cours des difficiles années 50 et 60 du siècle dernier il représenta la contribution du carlisme à la renaissance d'Euskaltzaindia, effectuant un apport important à Euskaltzaindia lors du congrès historique d'Aranzazu, apportant sa contribution dans le développement du bertsolarisme et participant à la résolution des obstacles administratifs qui gênaient ses activités.

Mots-clés : Antonio Arrue, carlisme, franquisme, Guerre Civile, fors basques, congrès d'Aranzazu.

Antonio Arrue is a somewhat unfamiliar figure in the sphere of Basque studies and research. He has been inappropriately regarded as a Francoist; yet during the difficult decades of the 1950s and 1960s he did in fact reflect the contribution of Carlism to the Euskaltzaindia. He made a key contribution to the historic Arantzazu Assembly, assisted in the development of extempore Basque verse making, and in general helped to overcome the administrative obstacles that were hampering the work of the Euskaltzaindia.

Keywords: Antonio Arrue, Carlism, Spanish Civil War [1936-1039], Basque charters, Arantzazu Assembly.

Si solo nos sirviéramos de la información suministrada por las redes de internet, Antonio Arrue Zarauz habría pasado sin pena ni gloria por el corto camino que recorreremos los mortales. Mirando las entradas a su nombre en esa ingente y globalizada base de datos que es Wikipedia, ni siquiera merecía el honor de figurar entre las «personas ilustres» de Asteasu, el pueblo guipuzcoano donde nació, más exactamente en la casa Apalasangasti del barrio Elizmendi, el 26 de marzo de 1903; el mismo pueblo que fue cuna del renombrado bertsolari Pello Errota, al que debió conocer y sus estrofas escuchar porque falleció cuando Antonio tenía 16 años; e igualmente de Bernardo Atxaga, que guarda un grato y reconocido recuerdo de quien, para muchos, es un total desconocido.

Y, sin embargo, nadie niega su gran aportación al resurgimiento del euskera y de la Academia de la Lengua Vasca después de la Guerra Civil. Pero el olvido de Antonio Arrue aún habría sido más escandaloso si Euskaltzaindia no hubiese publicado el año 2008 *Idazkiak eta hitzaldiak* (Arrue, 2008), una recopilación de sus trabajos históricos y literarios que prologó su amigo Antonio Zavala. Fueron sus hijos, con el apoyo de este jesuita vascólogo, quienes aprovecharon la presencia de Andrés Urrutia en el funeral de la viuda de Arrue, María Teresa Salazar, para sondear la posible publicación de los originales que conservaba Zavala. Fue a la salida de las exequias, oficiadas el 31 de octubre de 2005 en la parroquia donostiarra de San Vicente, la misma donde tres décadas antes también le habían acompañado a despedir a su esposo.

Tres años después, aparecería este interesante libro, en el que pueden encontrarse reflexiones sobre la unificación dialectal del euskera, un repaso a la situación de la poesía vasca al comenzar los años 60, un artículo sobre «el humor en la literatura euskérica», la apasionante aventura de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, un análisis sobre el valor social de la gastronomía y perfiles dedicados a personalidades como Juan Bautista Aguirre, Louis Lucien Bonaparte, Tomás de Zumalakarregi o el bertsolari navarro Bordel. Cuando *Idazkiak eta hitzaldiak* vio la luz, Andrés Urrutia afirmó que, de esta forma, se saldaba la deuda contraída con Arrue por haber ayudado a superar tantos obstáculos en esa difícil etapa y por haber encauzado Euskaltzaindia hacia su legalización al final del franquismo. Para entonces, la Caja de

Ahorros Provincial de Guipúzcoa ya había recogido también en *Jan edenak* los numerosos artículos publicados desde 1954 a 1975 en la revista *Egan*, de la Real Sociedad Vascongadas de Amigos del País (Ibargutxi, 2009).

Sin lugar a dudas, la perplejidad ante unas posiciones políticas mal comprendidas, sobre todo en lo que se refiere a la Guerra Civil, había contribuido al desconocimiento público de este personaje tan clave en la reciente historia de la lucha por el euskera. Exactamente; Arrue, en los años 30, ya era conocido dentro de la Comunión Tradicionalista por sus mítines contra la República, participando en las actividades para derribar el Gobierno del Frente Popular. Por esta razón, tuvo que esconderse al fracasar la sublevación militar en Guipúzcoa y después, una vez que las tropas navarras ocuparon la capital donostiarra, formó parte de la Junta Carlista de Guerra provincial, siendo primero su secretario y, después, presidente de la misma.

Tal vez debido a ello, Antonio Arrue ha sido erróneamente calificado de «franquista», sobre todo teniendo en cuenta que también fue procurador en las Cortes Orgánicas por el Tercio Familiar entre 1967 y 1971 y que hasta fue condecorado con la Orden del Mérito Civil el año 1964. Sin embargo, Arrue jamás aceptó el sistema político surgido de la Guerra Civil y, desde el principio, se opuso, junto a muchos otros correligionarios suyos, al Decreto de Unificación de FET y de las JONS del 19 de abril de 1937, piedra angular sobre el que se edificaría el entramado ideológico del nuevo régimen. Por esta oposición fue perseguido, multado, desterrado y encarcelado.

Antonio Arrue político

En este sentido, se puede afirmar que Arrue se distinguió siempre por su fidelidad a la línea oficial del carlismo, liderada por Javier de Borbón-Parma, «Príncipe Regente» de la dinastía proscrita, y por su delegado nacional, Manuel Fal Conde, opuestos radicalmente a la integración del legitimismo en el Movimiento Nacional. En esta posición coincidió con la mayor parte de los cuadros del carlismo guipuzcoano, de forma especial con Ignacio Ruiz de la Prada y Pablo Iturria, con los que asumiría la tarea de reconstruir el partido carlista al margen de FET y de las JONS.

De hecho, Arrue compartió los duros momentos de la expulsión de Don Javier en diciembre de 1937, ordenada personalmente por Franco, cuando en calidad de secretario personal del abanderado dinástico del carlismo, recorría los frentes de guerra visitando las unidades del Requeté. Los iniciales recelos y el posterior rechazo de Arrue a la deriva fascista que estaba tomando el conflicto y, por lo tanto, a la amenaza que esto suponía para la lengua y la cultura vascas, se aprecian ya en varios hechos de este periodo bélico.

Uno de ellos es la carta que la Junta carlista de Vizcaya, que actuaba en estrecha colaboración con la que presidía Arrue, envía a la de Navarra con fecha de 15 de febrero de ese año de 1937. En la misiva, se propone a los navarros tener un encuentro conjunto con el recién nombrado «gobernador civil» para las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya con el objeto de aclarar la política que las nuevas autoridades iban a aplicar en el País Vasco. En este documento, lo primero que hacen es quejarse de que los nuevos cargos que estaba nombrando este gobernador civil favorecían «a personas de determinada filiación», en clara referencia a la Falange, excluyendo del poder a los carlistas.

De acuerdo con este texto y ante una hipotética ocupación de todo el territorio vizcaíno, proponen plantear al «gobernador civil encargado de Guipúzcoa y Vizcaya» cuál va a ser su postura respecto a «la reintegración del sistema administrativo e instituciones de Vizcaya», y, de forma directa, que explique «su criterio respecto a la colaboración que ha de prestar a la propaganda vasquista y foral que la Comunión Tradicionalista, en cumplimiento de su lema, debe desarrollar en la provincia de Vizcaya». Una propaganda, añaden a continuación, que será «de clara afirmación vasquista, defensa del idioma y de las costumbres tradicionales, de los derechos históricos del País Vasco derivados de sus fueros, himnos regionales, etc. Y, en definitiva, de todo aquello que por ser legítimo español y vasco no debe ser preterido a pretexto de una prudencia mal entendida que desvirtuaría la eficacia de la propaganda que la Comunión Tradicionalista debe realizar clara y noblemente en el Señorío de Vizcaya» (Martorell, 2010).

Solo una semana antes de que se dictara el Decreto de Unificación, concretamente el 12 de abril de 1937, Antonio Arrue firmaba una circular a

todos miembros de la Comunión, en tanto que «presidente en funciones» de la Junta de Guipúzcoa, recordando a los carlistas su obligación de integrarse exclusivamente en entidades dependientes de su partido, advirtiéndoles, en una nueva alusión al predominio político que estaba adquiriendo el fascismo falangista, que debían afiliarse a la Obra Nacional Corporativa, de orientación tradicionalista, rechazando colaborar con otras organizaciones. Además, daba expresas indicaciones para que permanecieran «alertas» frente a las maniobras y actividades de Falange, «vigilando sus movimientos, recogiendo su propaganda y dando cuenta de cuantas novedades ocurran al respecto a la Delegación Social de la Junta Carlista de Guerra de Guipúzcoa» (Santa Cruz, Tomo 2).

Pero el acto que mejor ilustra la incompatibilidad ideológica entre el carlismo y el partido único fue la jura por Javier de Borbón-Parma de los fueros vascos en Gernika el 19 de mayo de 1937. El abanderado legitimista había cruzado la frontera solo tres días antes procedente de San Juan de Luz, instalándose en el señorío de Bertiz, junto a la localidad navarra de Mugaire. Durante una inspección por el frente de Vizcaya, en la que también iba acompañado, entre otros, por Arrue, se detuvieron para visitar «el Santo Árbol de las tradiciones vascas», cuando todavía se apreciaban las humeantes ruinas de la Villa Foral. Allí, según el testimonio directo de Ignacio Orbe y Vives, marqués de Valdespina, «ante el Santo Árbol, Su Alteza juró defender como Regente los Fueros Vascos y sus buenos usos y costumbres», teniendo como testigos al sacerdote navarro, capellán de requetés y párroco de Ezquiroz, Fermín Erice, que es quien le toma el juramento, en presencia de Arrue y otros tres mandos carlistas que, contraviniendo las normas «unificadas», saludan militarmente y no con el brazo en alto, como era preceptivo, vistiendo además de caqui, sin la camisa o cuello azul unificados, y tocados con la boina roja (Orbe y Vives, 1938).

Para entender el auténtico significado político de este simbólico acto, hay que tener en cuenta que se produce exactamente un mes después del Decreto de Unificación, basado en los 26 puntos de la Falange y, por lo tanto, con una concepción territorial uniformizadora del Estado en las antípodas de lo que en esos momentos estaban jurando. Igualmente; se debe valorar lo que suponía realizar ese solemne gesto cuando todavía eran evidentes las

dramáticas consecuencias del castigo aéreo, precisamente por ser Gernika símbolo de esas libertades históricas, y porque apenas un mes después, el 23 de junio, otro decreto fulminaba los últimos residuos forales suprimiendo los conciertos económicos de las dos provincias «traidoras».

Este enfrentamiento entre las dos principales fuerzas políticas del llamado «bando nacional» se exteriorizó, nada más producirse el bombardeo, en otro significativo pero desconocido incidente. Gracias igualmente al testimonio de varios de sus protagonistas, se sabe que al Tercio de Begoña llegaron noticias de que un piquete falangista, perteneciente a la columna del general Sagardia, se proponía destrozar a hachazos el emblemático roble. Los mandos de esta unidad del Requeté, integrada fundamentalmente por carlistas vizcaínos, ordenaron montar un cordón de seguridad, reforzando las armas reglamentarias con bombas de mano (Martorell, 2010).

Cuando el Príncipe Regente volvió a entrar en la «zona nacional» el 28 de noviembre, una de sus primeras decisiones fue nombrar a Antonio Arrue su secretario personal. Y como tal le acompañó en su gira de casi 4.000 kilómetros por tierras vascas, castellanas, extremeñas y andaluzas, siendo recibidos de forma «triumfal» en todos los lugares donde había unidades del Requeté, un hecho que provocó no pocas suspicacias en la Junta Militar de Burgos ante el potencial político que podía alcanzar el carlismo en el «bando nacional». Descansando en La Ventilla, cerca de Motril, tras haber visitado la Alpujarra granadina, recibieron el 21 de diciembre la orden de detención contra Arrue, orden que respondía a un requerimiento de la Auditoría de la VI Región Militar, con base en Burgos.

Solo la mediación de personalidades cercanas a la comitiva hizo posible que el dirigente guipuzcoano se pudiera presentar voluntariamente, evitando así la sorprendente escena de que la Guardia Civil se llevara detenido a un miembro de la Junta Nacional Carlista de Guerra. Dos destacados integrantes de la delegación, Antonio Garzón y Rafael de Olazábal, fueron los encargados de acompañar en coche a Arrue hasta Granada, donde ingresó en la prisión provincial. Todavía sin haberse recuperado de esta desagradable sorpresa, el propio Príncipe Regente se encontró, al regresar a su residencia en Granada, la carta en la que Franco le invitaba «por el bien de

España» a que saliera cuanto antes de ella. Se la entregó personalmente el comandante Mazas, que se había desplazado expresamente a Granada con esta misión. Don Javier pidió al correo que solicitara «al generalísimo» una audiencia lo antes posible. Según relata el marqués de Valdespina, cuando el enviado de Franco abandonaba la casa, en las escaleras, se produjo un fuerte altercado entre el militar y Olazábal, quien «le cantó las cuarenta», echándole en cara que tanto la detención de Arrue como la expulsión de Don Javier eran una venganza por la fuerza que estaba adquiriendo el carlismo (Orbe y Vives, 1938).

Arrue quedó en situación de prisión incomunicada, siendo inútiles los intentos de verle, «en vista de lo cual, se le mandaron unos colchones y mantas, así como su maleta y la cena». Dolores Valero de Rojas, una de las responsables de la organización de las Margaritas en Granada, quedó encargada de que a Arrue no le faltara nada, mientras que la delegación carlista regresaba a Burgos para cumplimentar el encuentro con Franco. El relato de esta expulsión no deja pasar por alto la coincidencia de que el 22 de diciembre se cumpliera exactamente un año de que Manuel Fal Conde, mano derecha de Don Javier, también «cumpliendo órdenes superiores», se viera obligado a pasar la frontera portuguesa camino de su destierro en Lisboa.

«Justo al año –sigue el testimonio Ignacio de Orbe y Vives– el Señor (Don Javier) sale de Granada para atravesar los Pirineos, cumpliendo órdenes del Jefe del Estado». «A las 8 y cuarto de la mañana, emprendemos viaje a Sevilla, no sin antes haber testimoniado todo nuestro agradecimiento a la familia Contreras (en cuya casa se hospedaba) por las atenciones recibidas y trato dispensado a SAR. El Señor pidió a la familia Contreras que hicieran extensivo su agradecimiento a todo el pueblo de Granada. A Dolores (Valero) pidió se ocupara de que a Arrue nada le faltara y que las Margaritas hicieran lo posible para que, mientras estuviera en la cárcel, lo pasara lo mejor posible. Con el alma llena de tristeza por los últimos acontecimientos, salimos rumbo a Sevilla», para, después, ir a Burgos, desde donde, tras una tensa entrevista con Franco, Javier de Borbón-Parma se dirigió a San Sebastián y de aquí, el día 27 de diciembre, a la frontera de Hendaya (Orbe y Vives, 1938).

Una vez que Arrue quedó en libertad, continuó apoyando los esfuerzos de Manuel Fal Conde para reorganizar la Comunión Tradicionalista en la región vasconavarra tanto durante la Guerra Civil como en la inmediata posguerra al margen del partido único. En 1941 contrajo matrimonio con María Teresa Salazar, la joven tolosarra con la que salía hacía años. Su hijo Juan María recuerda que solía ir en bicicleta hasta Villabona, a medio camino entre Asteasu y Tolosa, para encontrarse con su novia «en terreno de nadie». Ya con la licenciatura de Derecho por la Universidad de Oviedo, el matrimonio se trasladó a San Sebastián, donde, debido a sus posiciones políticas, no le fue fácil salir adelante. Arrue pudo haber cogido el carnet de FET y de las JONS y beneficiarse de los cargos y prebendas que llevaba implícito pertenecer al Movimiento Nacional; pero, como hicieron no pocos carlistas y en consonancia con la orden de sus jefes en este sentido, no aceptó cargos del régimen. Antonio Arrue se tuvo que valer de sus propios medios; abrió un despacho en la calle Legazpi, que años después trasladaría a la de Garibay, especializándose en arrendamientos y herencias rústicas, con la ayuda de su mujer, que cubría las tareas de secretaría en el despacho. Después, su esposa comenzó a trabajar como modista en el taller de confección abierto por su madre en la calle Vergara, sastrería que, por cierto, tuvo durante años acreditado predicamento en la ciudad, tal y como recuerda su hijo Juan María.

Políticamente siguió colaborando con Fal Conde en la reorganización del carlismo vasco-navarro. En enero de 1940 figura, junto a Rafael de Olazábal, como representante de Guipúzcoa en una junta interregional con delegados de Vizcaya, Álava y Navarra, dándose la circunstancia de que Jaime del Burgo Torres, uno de los principales mandos que había tenido el Tercio vizcaíno de Begoña, era el representante por el Viejo Reino. Fal Conde también propone entonces a Arrue para formar parte del nuevo Consejo de Administración de Editorial Navarra, la sociedad anónima creada para evitar que *El Pensamiento Navarro* fuera engullido en aplicación del Decreto de Unificación por la cadena de prensa del Movimiento (Villanueva, 1998).

Debido a estas posiciones contrarias a la orientación falangista del régimen, permaneció durante un año desterrado en Gijón y en el transcurso de la II Guerra Mundial figura entre los carlistas que no desean la victoria de

Alemania. Fernando Aramburu, presidente de la Diputación guipuzcoana y uno de los cuadros del tradicionalismo que había aceptado colaborar con el régimen, lo tilda directamente de «aliadófilo» en un informe que envía al subsecretario de Gobernación, Antonio Iturmendi, en relación con los incidentes ocurridos el 9 de agosto de 1942 con motivo de conmemorarse la «toma de Tolosa». De acuerdo con este documento, en el bando «falcondista» o aliadófilo se encontraban, junto a Arrue, los hermanos Larramendi, Ignacio Ruiz de la Prada, Francisco Juaristi, Juan Mocoroa, Bernardo Elio, Elías Querejeta, Juanita Alberdi, Margarita Mojedano y la familia Balezteña, de la cercana localidad navarra de Leiza.

Aramburu hace referencia a los panfletos que se habían requisado ese día, en los que los «falcondistas» denunciaban a los «nuevos Marotos» y «estómagos agradecidos», a las «plumas mercenarias y lacayas» que se habían vendido al régimen, haciendo un llamamiento a los carlistas guipuzcoanos para «defender con todo su entusiasmo la bandera de la legitimidad, hoy en alto mantenida por nuestro Regente Don Francisco Javier de Borbón-Parma y su Delegado y único jefe de la Comunión Tradicionalista Sr. D. Manuel Fal Conde». «¡¡ Carlistas guipuzcoanos!! –termina el documento–: el próximo día 9 de agosto todos a Tolosa, a demostrar que aún se puede salvar a España con el carlismo y solamente con el carlismo». De acuerdo con este informe, Arrue se había reunido la víspera, a las siete de la tarde, en su despacho «con seis o siete desgraciados» con el objeto de «perturbar» la concentración, impedir la lectura del discurso que tenía previsto pronunciar Aramburu y, en definitiva, boicotear los actos oficiales (Santa Cruz, Tomo 4).

Su hijo Juan María también recuerda otra significativa anécdota sobre los roces que solían aflorar cuando coincidían en algún lugar público aliadófilos y germanófilos. En una ocasión, Arrue se encontraba en una terraza con unos amigos de ideas similares, cuando oyeron a una persona de otra mesa decir que sería «totalmente feliz» cuando Alemania triunfara, a lo que uno de los compañeros de Arrue contestó, igualmente en voz alta, que entonces ya conocían a uno que no iba a ser «totalmente feliz». Unos meses después, el 4 de febrero de 1943, el gobernador civil de Guipúzcoa, Luis Rodríguez Miguel, le impone una multa de 5.000 pesetas –una cifra más que conside-

rable entonces— «por actividades encaminadas a entorpecer la normal ejecución de decisiones gubernativas, fomentando actitudes disgregadoras y de indisciplina contrarias al Movimiento Nacional», además de mostrar «insolidaridad con los postulados más fundamentales al desoír reiterados llamamientos de cooperación a la lucha anticomunista, en términos que por su personalidad y significación al trascender al público afectan al orden y disciplina que tenía la obligación de mantener».

Al acabar el conflicto mundial, la dirección javierista de la Comunión, en la que Arrue intervenía activamente, estaba convencida de que su idea de Monarquía Tradicional, basada en el antiguo sistema foral y, en cierta forma, semejante a la británica, permitiría a España reconciliarse con la Europa que había vencido al nazismo, contra el que, por cierto, Javier de Borbón-Parma había luchado activamente apoyando al maquis en el departamento de Allier. De acuerdo con las decisiones del Consejo de la Tradición, máxima instancia consultiva del carlismo, esta alternativa era factible debido a que el carlismo había sido «el único sector político que desde la creación del partido único ha mantenido públicamente su oposición al régimen con actos, manifestaciones y escritos de todos conocidos» (Santa Cruz, Tomo 12). Sin embargo, la correlación internacional de fuerzas debido a la «guerra fría» entre la «Europa libre», liderada por EEUU, y el bloque soviético dieron al traste con estas esperanzas. Las nuevas potencias «democráticas» prefirieron mantener una dictadura fuerte y anticomunista antes que probar nuevos ensayos políticos con los tradicionalistas.

En estos años, Arrue era uno de los más firmes partidarios de que Don Javier asumiera formalmente los derechos al trono de España, ya que, desde el punto de vista dinástico, solo tenía el título de «Príncipe Regente», otorgado por el «rey Alfonso Carlos», consciente de que iba a morir sin descendencia. Javier de Borbón-Parma asumió expresamente estos derechos el año 1952 en Barcelona, coincidiendo con la celebración del Congreso Eucarístico en la Ciudad Condal. Para entonces, Don Javier había reiterado el 26 de junio de 1950 su juramento a los fueros en Gernika, como también lo haría a los catalanes en el santuario de Montserrat un año después, en 1951, y a los de las islas Baleares en 1952, tras lo cual sería de nuevo expulsado a Francia.

Así se lo recuerda cuando en 1953 se dirige a Arrue por carta felicitándole por la celebración del centenario del Gernikako Arbola de Iparagirre, al que Don Javier define como «combatiente carlista y poeta». En la misiva, que lleva fecha de 10 de junio, lamenta no poder asistir al homenaje en Villarreal de Urrechua porque no se lo permiten. Aprovecha la ocasión para recordar su juramento, igual que lo había hecho Carlos VII en 1873. Después, para resaltar la importancia que tenía este símbolo, le explica que Alfonso Carlos, el hermano de Carlos VII, «se llevó consigo al destierro una bellota del Árbol y la plantó en el patio de honor» del castillo de Puchheim (Austria), donde «le recordaba, a él y a sus amigos, la lejana y querida tierra vascongada». «El Rey Don Alfonso Carlos –explica en su carta– duerme su último sueño, junto a la Reina María de las Nieves, en la capilla a la sombra del Árbol hijo de Gernika» (Santa Cruz, Tomo 15).

Antonio Arrue fue el principal responsable de la reorganización del carlismo en Guipúzcoa y trabajaba estrechamente con Fal Conde para que el carlismo navarro también recuperara su impulso anterior a los graves sucesos del 3 de diciembre de 1945, cuando quedó clausurado definitivamente el Círculo Carlista de Pamplona y fueron encarcelados cerca de doscientos militantes. En una carta a Fal Conde en enero de 1953, le informa de la constitución de una nueva Junta Regional guipuzcoana de 25 miembros, bajo la dirección de Ignacio Ruiz de la Prada y con Pablo Iturria como secretario. A finales de ese mes le puede informar de que los navarros se están «moviendo» y que «en breve» tendrán su propia Junta Regional totalmente reestructurada.

En marzo, le explica que en San Sebastián se habían repartido un millar de invitaciones a la misa por los Mártires de la Tradición. La misa se había celebrado en los Jesuitas y había estado presente «la plana mayor» del carlismo guipuzcoano: Julián Elorza, Fausto Gaiztarro, Tirso Olaizábal, Valdespina, conde de Vallcabra, los Juaristi, Elías Querejeta, Larnaga, Lizaso...» De esta correspondencia se desprende una coincidencia entre el entonces principal responsable del carlismo guipuzcoano y Fal Conde en la necesidad de promocionar todo lo que tenga que ver con la cultura vasca. Concretamente, Fal Conde felicita a Arrue por la conferencia que pronuncia sobre la actualidad del «teatro en euskera» y le anima a continuar por ese camino,

igual que había hecho al defender una Universidad Vasca o con motivo del centenario del Gernikako Arbola (Archivo Fal Conde, Carpeta 133/015).

Arrue se distinguiría después por su oposición a la línea colaboracionista que imprimió al carlismo el Secretariado dirigido por José María Valiente a partir de 1955, cuando este nuevo organismo directivo sustituyó a Manuel Fal Conde al frente del carlismo. Arrue, en concreto, fue uno de los principales impulsores de la denominada Junta de Regiones, creada en 1956 precisamente como respuesta a ese Secretariado y en la que la junta regional de Guipúzcoa tenía un peso fundamental junto a los navarros. En las mismas posiciones que Arrue estaban asimismo Ignacio Ruiz de la Prada y Pablo Iturria, sus inseparables colaboradores, pronunciándose, por el contrario, a favor del acercamiento a los nacionalistas vascos, regionalistas de otras zonas de España, a grupos católicos «neutros» e, incluso, a «sectores falangistas» que se habían distanciado del régimen. Tal y como se desprende de las decisiones adoptadas en una de las reuniones de la Junta, el carlismo podría converger con estos grupos en aquellos actos y objetivos que les fueran comunes (Santa Cruz, Tomo 18).

Una muestra de su postura anticolaboracionista es su negativa a asistir a la junta de jefes regionales que el Secretariado había convocado a mediados de octubre de 1956. Valiente, cuando informa de esa reunión celebrada entre los días 12 y 14 de ese mes, señala que algunos dirigentes anticolaboracionistas, como Baleztena, Quint-Zaforteza o Ruiz Peña, tampoco habían asistido pero se habían «excusado debidamente», mientras que Arrue ni había acudido ni se había excusado, puntualiza el nuevo delegado nacional del tradicionalismo.

En otra carta fechada el 18 de noviembre de 1957, Valiente se queja de la campaña lanzada por los sectores contrarios a la colaboración acusándole de que, en realidad, no tenía espíritu carlista, por lo que, tarde o temprano, traicionaría la causa de los Borbón-Parma. En esa campaña, según asegura Valiente, se contraponía su figura a la de otros dirigentes auténticamente carlistas, entre los que se volvía a destacar de forma expresa a Arrue. El 12 de abril de 1959, Arrue presenta formalmente su dimisión como jefe del carlismo guipuzcoano, según dice el acta de la reunión corres-

pondiente, «por no querer adherirse a la política del Secretariado». En el mismo escrito, se menciona que el enfrentamiento entre ambas tendencias venía de lejos y que junto a las posiciones de Arrue había otros jefes regionales, aunque solamente le había seguido en su dimisión el responsable del antiguo Reino de Granada o Andalucía Oriental (Santa Cruz, Tomo 21).

Mientras Arrue fue jefe de la Comunión Tradicionalista en Guipúzcoa no dejó de promover y potenciar el euskera. En diciembre de 1953, por ejemplo, ya informa de las actividades de la Academia de la Lengua Vasca, a la que se incorporaría formalmente al año siguiente, de las iniciativas a favor del euskera tanto en la Diputación provincial como en el Ayuntamiento de San Sebastián o de los estudios del Instituto Julio Urquijo, además de hacer el significativo comentario de que la junta carlista de Tolosa iba a abrir una escuela en euskera (Santa Cruz, Tomo 15. Acta Junta de Guipúzcoa; pp. 19-23). También informa de que para enero de 1954 se tenía previsto celebrar unos actos en honor del vascólogo Juan Bautista Erro, cuyos trabajos sobre el alfabeto influyeron en las teorías del filólogo alemán Wilhelm von Humboldt, además de ser ministro de Carlos V en la primera guerra carlista y, ya en el consiguiente destierro, de estar vinculado al círculo de estudiosos que trabajó con Louis Lucien Bonaparte (López Antón, 1999).

Antonio Arrue vasquista, colaborador de Euskaltzaindia y de la revista *Egan*

Precisamente ese año de 1953, asumiría la dirección de la revista *Egan*, de la Real Academia Vascongada de Amigos del País, junto a Aingueru Irigaray y Koldo Mitxelena, en cuyas páginas comenzaría a escribir el año 1954 sus conocidos artículos de la sección *Jan edenak*, que permitirían a la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa publicar el citado y homónimo libro en 1979.

Al año siguiente ingresa formalmente en Euskaltzaindia y en 1956, juega un papel clave para que se pudiera celebrar el histórico congreso de Aránzazu. Arrue no solamente facilitó, debido a su condición de abogado y a sus

buenas relaciones con personas bien situadas dentro del régimen, la obtención de los permisos necesarios sino que tuvo una destacada participación en sus preparativos y desarrollo, siendo uno de los que, junto con Manuel Lekuona y Koldo Mitxelena, presidían las sesiones de aquel encuentro que supuso el relanzamiento definitivo de las actividades tras la Guerra Civil. Después vendrían otras reuniones que continuaron el trabajo iniciado en Aránzazu y en todas ellas la intervención de Arrue fue decisiva (Arrue, 2008. Presentación biográfica de Antonio Zavala, pág. XIV).

Conocido por su oratoria en euskera, es reclamado por los organizadores para participar en el homenaje dedicado en Bayona a Louis Lucien Bonaparte un año después. Según comentó en sus notas biográficas el padre Luis Villasante, Pierres Lafitte, uno de los responsables del certamen, pidió expresamente la participación de Arrue debido a sus cualidades oratorias. «En los actos públicos de la Academia, Arrue actuó con frecuencia como orador –dice el padre Villasante–. Es que gozaba de una palabra fácil, viva, fluída y agradable. Entre otras muchas actuaciones guardo una en la memoria. Se habían de celebrar en Bayona ciertos actos en recuerdo del Príncipe Bonaparte. Los académicos de Iparralde (zona septentrional del País Vasco) deseaban un orador para ese evento. El señor Lafitte se expresó así con una sonrisa: ‘Nosotros somos muy fríos y usted –Arrue– habrá de venir a dar un poco de calor’. Y como se lo habían rogado, también allí nos obsequió con su palabra. ¡Y cuántas veces lo mismo!» (Arrue, 2008. Presentación biográfica de Antonio Zavala, pág. XVIII).

Liberado de sus responsabilidades jerárquicas dentro de la Comución, pudo dedicarse a partir de 1959 de lleno y dentro de la Academia a la comisión encargada de promover el bertsolarismo. Gracias a su «especial dedicación», según vuelve a comentar el padre Villasante, fue posible convocar, también por primera vez desde la Guerra Civil, un concurso público de bertsolaris. Le seguirían las convocatorias de 1965 y 1967, que, a semejanza de lo que supuso para el euskera el congreso de Aránzazu, sentaron las bases para recuperar uno de los usos más genuinos de la lengua vasca. Según relata Zavala, Arrue tenía una gran estima por Xalbador: «Ese bertsolari de Urepel no es como los otros. Ese es, al mismo tiempo, poeta», señala Zavala que dijo en una ocasión.

En estas tareas, Arrue contó con la inestimable colaboración de este jesuita, no solo amigo sino interesado igualmente en las profundas raíces populares que tenía el carlismo en el País Vasco. Antonio Zavala da detalles del trabajo realizado por Arrue y de su relación con otros vascólogos comprometidos en el fomento del bertsolarismo, como Juan María Lecuona, Alfonso Irigoyen, Fernando Artola, Antonio Valverde, Ambrosio Zaratain o Juan San Martín. Con todos ellos estableció una estrecha relación. «Tantas veces nos reuníamos que llegamos a ser íntimos amigos», dice Antonio Zavala, quien menciona la anécdota de que, cuando se sentaban a la mesa, dejaban en manos de Arrue la elección del menú debido a su «refinado» criterio gastronómico. El buen comer, hasta convertirlo en arte, era otra de sus pasiones, que le llevó a fundar, en colaboración con Busca Isusi y Félix Mokoroa, la prestigiosa Cofradía Vasca de Gastronomía, habilitando como sede el antiguo matadero municipal donostiarra, entonces en ruinas.

Zavala también destaca en su prólogo la ayuda que tuvo por parte de Arrue a la hora de sacar adelante, a partir de 1961, la *Colección Auspoa*, que, con cerca de 300 volúmenes, supuso un trascendental paso para la recuperación del bertsolarismo y, en general, de la cultura popular en euskera. Comprometidos ambos desde el congreso de Aránzazu con la misma causa, Zavala recuerda, en concreto, que Arrue realizó numerosas gestiones ante la Administración para que los libros de *Auspoa* salieran a la luz.

También se debe a las gestiones de Arrue que la obra *Gero*, de Axular, pudiera ver de nuevo la luz el año 1964. Para ello, aprovechó los contactos con antiguos correligionarios, en este caso con Juan Flors. Este médico de Villarreal de los Infantes, «la Estrella del Levante», había sido presidente de la diputación provincial de Castellón, se distinguió por sus obras sociales en el mundo rural, y también por haber puesto en marcha sendas editoriales: una especializada en sanidad –Editorial Científico Médica– y otra, con su nombre, dedicada a humanidades y temas religiosos, en la que se publicó *Gero*, con traducción al castellano del padre Villasante. Juan Flors solo puso como condición que la Academia entregara una cantidad de dinero que no tenía, y que Arrue, de nuevo, consiguió. «No sé qué puertas llamaría para lograr ese dinero, pero cumplió su cometido», explica Zavala (Arrue, 2008. Presentación biográfica de Antonio Zavala, pág. XVII).

Aunque Arrue se había despojado de sus responsabilidades al frente de la Comunción Tradicionalista en Guipúzcoa, no por ello dejó de participar en los actos carlistas como tampoco renunció jamás a sus ideas tradicionalistas, incluso después de romper con la línea izquierdista que imprimió Carlos Hugo a este movimiento en los últimos años de la dictadura. El 26 de junio de 1960, por ejemplo, intervino en el 125 aniversario de la muerte de Tomás Zumalakarregi, que se celebró en Zegama. Ese día y tras la correspondiente y solemne misa, con guardia de honor de requetés uniformados en torno al mausoleo del mítico general, Arrue pronunció un discurso en euskera que fue considerado, entonces, una clara muestra de la evolución ideológica que se estaba gestando en las filas del legitimismo.

Refiriéndose de forma implícita a los temores que suscitaban dentro del tradicionalismo las innovaciones del Concilio Vaticano II, Arrue dijo que el carlismo no daría «un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo», rescatando así las palabras con las que Carlos VII salió al paso de la escisión integrista de Nocedal a finales del siglo XIX. Incluso aclaró que los carlistas estaban dispuestos «a dar un paso más adelante que la Iglesia en la cuestión social». A continuación, igualmente en euskera, reiteró el compromiso del carlismo con los «fueros, usos, costumbres y lenguas de los diversos pueblos de las Españas». «Para nosotros –dijo–, las libertades de los pueblos, las libertades regionales no tienen más que un límite: la unidad de la gran patria española. Para nosotros, por ejemplo, no es Rey legítimo quien no sea amante verdadero del auténtico pueblo; ni tampoco el que no haya jurado previamente, bajo el Árbol de Gernika, los Fueros del País Vasco». Cómo solía ser habitual en otros actos semejantes, la celebración del centenario de Zumalakarregi, en el que actuaron los grupos de dantzaris de Vergara y del Muthiko Alaiak, concluyó con el canto del *Gernikako Arbola* (Santa Cruz, Tomo 22).

Arrue y el padre Zavala vuelven a aparecer juntos en el ambicioso proyecto de Ediciones Montejurra, con el que la Comunción Tradicionalista pretendía lanzar una editorial carlista, intentando así ocupar un espacio propio frente a la orteguiana *Revista de Occidente* o a la Biblioteca del Pensamiento Actual, vinculada al *Opus Dei*. En 1961, Ediciones Montejurra ya tenía publicados quince libros en castellano, tenía previsto sacar seis

en catalán y otros tantos en euskera, entre ellos uno de Zavala –*Romancero Carlista*–, y otro de Arrue con el título *Escritos Vascos*.

El 15 de noviembre de 1965, pronuncia una conferencia en el Teatro Olimpia de Azkoitia sobre *Carlos VII y la poesía popular vasca*, en la que resalta la relevancia que esta emblemática figura tuvo en las canciones y poemas populares. Según informa la revista *Montejurra*, en el número correspondiente al mes de diciembre, el teatro estaba lleno y entre los presentes había carlistas no solo de Azkoitia sino de otras localidades cercanas, como Azpeitia, Cestona, Zumárraga o Villarreal de Urrechua. Arrue aprovechó la ocasión para recordar cómo en plena segunda guerra carlista, tanto la Diputación Foral como las Juntas Generales de «las repúblicas, alcaldías y uniones» de Guipúzcoa, celebradas en junio de 1875 en Villafranca de Oria, bajo control carlista, aprobaron una resolución para «fomentar en todos los órdenes la lengua vascongada» (revista *Montejurra*, nº12).

Al año siguiente, Arrue fue uno de los impulsores de la campaña promovida por los carlistas guipuzcoanos para que el Gobierno derogara el decreto del 23 de junio de 1937 por el que se castigaba la «infidelidad» de Guipúzcoa y Vizcaya suprimiendo para siempre sus conciertos económicos con el Estado. La iniciativa de este movimiento reivindicativo la tomaron los concejales carlistas de Tolosa, quienes, a su vez, se habían hecho eco de las palabras pronunciadas en este sentido por José Ángel Zubiaur en la concentración de Montejurra de ese año.

Ese día, el 8 de mayo de 1966, sobre un mar de boinas rojas que cubría toda la Plaza de los Fueros de Estella, este abogado navarro exigió «una reintegración foral plena no solo para las regiones del Norte sino para todas las de España, como siempre ha querido el carlismo», reclamando expresamente al Gobierno español que derogara el citado decreto. El boletín *Información Mensual*, publicado clandestinamente por la Secretaría personal de Carlos Hugo de Borbón-Parma, asegura que a ese acto de Montejurra acudieron representantes de grupos catalanistas, nacionalistas vascos y de una organización madrileña denominada Estudiantes Demócratas, cuya presencia fue recibida por miles de carlistas al grito de «¡Libertad, libertad!».

Apenas un mes después, el 2 de junio, los concejales carlistas de Tolosa, encabezados por el señor Azurza, presentaron una moción reclamando de forma oficial la anulación del decreto. La moción fue aprobada, incluso con el apoyo del alcalde. A continuación, en buena parte debido al impulso de los carlistas guipuzcoanos, comenzaron a adherirse a esta moción otros ayuntamientos tanto de la propia Guipúzcoa como de Vizcaya, Álava y también de Navarra. Unos días más tarde, por ejemplo, se sumaba el Ayuntamiento de San Sebastián; en Navarra, suscribieron la moción los de Pamplona, Estella y Villatuerta.

Debido al respaldo municipal que estaba teniendo la iniciativa, también lo hicieron las diputaciones de las cuatro provincias, así como otros organismos, entre ellos la sociedad pamplonesa Muthiko Alaiak y las hermandades de ex combatientes de requetés de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra. El asunto no tardó en saltar a la prensa, iniciándose una polémica periodística recogida por *El Diario Vasco*, *El Pensamiento Navarro* y el diario *Arriba*, interviniendo firmas como José María de Areilza, Cruz Martínez Esteruelas o el profesor donostiarra Carlos Santamaría. Antes de que la polémica se extendiera, la Dirección General de Prensa cortó por lo sano dando, como era costumbre, las indicaciones pertinentes a los directores de los periódicos.

A finales de ese mes de junio, Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo, reconoció que el asunto se había tratado en el consejo de ministros celebrado en Barcelona, para lo que los responsables de Gobernación y Hacienda habían presentado los correspondientes informes. De acuerdo con sus palabras, el Gobierno había decidido eliminar el preámbulo del decreto-ley, es decir la parte del texto en la que se justificaba la medida pero, en una decisión incongruente desde el punto de vista jurídico, dejaba en vigor la anulación de los conciertos económicos. Además, Fraga dejó muy claro que el Gobierno franquista no estaba dando marcha atrás: «Debo dejar perfectamente claro –explicó–, para que no haya lugar a dudas, que se trata de quitar el preámbulo y no de cambiar la disposición». «La historia es irreversible y el proceso del principio de unidad político-administrativa y de establecimiento de una total igualdad de los españoles ante la ley es inquestionable. El Gobierno no piensa de ningún modo volver la vista atrás» (Santa Cruz, Tomo 28).

A partir de ese momento, la prensa ya no volvió a tratar esta cuestión; meses más tarde, el régimen echó mano de los procuradores a Cortes por Vizcaya Fernández Palacios y Fernández Conde para elevar al pleno de las Cortes una propuesta suprimiendo el citado preámbulo. Para entonces Arrue, junto a Escudero, habían salido elegidos también procuradores por el Tercio Familiar en representación de Guipúzcoa, donde habían derrotado a la candidatura oficialista formada por Araluce y Pagola. «Los Fernández», como eran conocidos popularmente, solicitaron a los nuevos procuradores carlistas que encabezaran el pliego de firmas en la enmienda, a lo que se negaron tras denunciar que aquello no era más que una «grotesca manio- bra» del Gobierno.

Cuando la propuesta fue sometida a votación, los dos procuradores carlistas por Guipúzcoa y los otros dos de Navarra, Auxilio Goñi y José Ángel Zubiaur, abandonaron de forma ostensible el hemiciclo, que aprobó la moción gubernativa, como siempre, por unanimidad. El 10 de mayo de 1968 el Consejo de Ministros culminaba la farsa aprobando otro decreto-ley que suprimía casi todo el preámbulo –del segundo al quinto párrafo– pero mantenía inalterable la parte dispositiva, que era, precisamente, lo que los carlistas querían que se derogara (Santa Cruz, Tomo 28).

Arrue también fue uno de los principales impulsores del memorándum que la Academia de la Lengua elevó al Gobierno, a través del Ministerio de Educación, el 20 de diciembre de 1966 reclamando una serie de medidas para sacar al euskera del estado de postración en que se encontraba. Arrue se refiere a estas reivindicaciones en la entrevista que concede a comienzos de 1967 al diario *El Pensamiento Navarro* que, a su vez, es reproducida de forma íntegra por la revista *Montejurra* en su número 24, correspondiente al mes de marzo de ese año.

En resumidas cuentas, lo que la Academia pide al Gobierno es que se abran «cursos experimentales» de euskera en algunas escuelas públicas de las cuatro provincias, que igualmente se creen «escuelas primarias piloto bilingües», y que se introduzcan cursos de graduado y clases de euskera en la Universidad. Además, reclaman el reconocimiento oficial y subvenciones suficientes para garantizar las actividades de Euskaltzaindia. De acuerdo

con lo que dice en la entrevista, apenas cuentan con recursos, valiéndose de algunas subvenciones, aportaciones de particulares y lo que pueden sacar de los concursos de bertsoalaris.

Para Arrue, «si el vascuence se había conservado hasta entonces había sido por un verdadero milagro de Dios» e insiste en la necesidad de fomentar su uso en escuelas, emisoras de radio, teatros y misas, de las que, según asegura, al menos una treintena se ofician en lengua vasca los domingos y fiestas de guardar en la capital guipuzcoana. No por ello deja de valorar el trabajo que ya realizan numerosas publicaciones editadas a un lado y otro de la frontera, mencionando expresamente, además de la revista *Euskera* de la Academia, *Zeruko Argia* (San Sebastián), *Egan*, *Herria* (Bayona), *Kuliska Sorta* (Zarauz), *Gure Herria*, *Jakin*, *Olerti* y, desde luego, la *Colección Auspoa* que publica su amigo Zavala en Tolosa. Otro de los aspectos interesantes de sus declaraciones es la reivindicación del histórico compromiso del carlismo con el euskera y la cultura vasca. «El vascuence es de todos los vascos» y, por lo tanto, los carlistas «lo consideramos tan nuestro como de otros», declara (revista *Montejurra*, nº24).

Tras volver a recordar la significativa decisión de las Juntas Generales guipuzcoanas de fomentar «en todos los órdenes» la enseñanza del euskera, coloca como ejemplos de este compromiso a figuras como Julio Urquijo e Ibarra, fundador de las publicaciones *Revista Internacional de Estudios Vascos* y *Euskalerraren Alde*, así como impulsor de la Sociedad de Estudios Vascos (*Eusko Ikaskuntza*), de la que fue vicepresidente hasta 1930, además de ser uno de los cuatro fundadores en 1918 de *Euskaltzaindia*, y de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, que presidiría a partir del año 1943. Igualmente se refiere a Domingo Aguirre, cofundador con Urquijo de la citada *Euskalerraren Alde*, colaborador de *Euskal Esnolea*, de *Jaungoiko Zale*, pero, sobre todo, «padre» de la novela en euskera (Yoldi, 2011) y al que Arrue califica como «el mejor novelista euskerico de todos los tiempos».

A estas dos importantes personalidades, habría que añadir la no menos trascendental de Julián Elorza Aizpuru, presidente de la Diputación Foral de Guipúzcoa entre 1928 y 1931, que también presidió la Sociedad de Estudios Vascos (López Antón, 1999; Yoldi, 2011). En todos ellos aparece una

constante que responde a la concepción que el carlismo tenía del hecho vasco: la defensa a ultranza de sus fueros, costumbres, lengua y cultura, entendiendo que tal defensa no es incompatible con la permanencia en un mismo proyecto político con otras regiones españolas, a las que se deben reconocer los mismos derechos históricos. En definitiva, un proyecto en defensa de la lengua y la cultura vascas en tanto que genuinas señas de identidad de Euskal Herria pero sin partir de planteamientos políticos nacionalistas.

En este sentido, el trabajo realizado por Arrue y otros correligionarios suyos en la actual Comunidad Autónoma Vasca coincide con la orientación que imprimió al carlismo navarro Ignacio Baleztena Ascárate, asimismo vascólogo, escritor y fundador el año 1931 del Muthiko Alaiak, probablemente una de las sociedades que más ha contribuido a desarrollar el folklore y las tradiciones vascas en el antiguo reino. Aunque es más conocida por su grupo de danzas y su peña sanferminera, el Muthiko Alaiak ya salió en defensa del euskera el año 1945 y en los estatutos que presentó cuatro años más tarde para obtener una legalización que el Gobierno Civil le negaba vuelve a defender esta «reliquia preciosa de nuestra tierra que está desapareciendo».

El Muthiko Alaiak, que en esos años aglutinaba a la mayor parte de la juventud carlista de Pamplona, no duda en utilizar públicamente el término de Euskal Herria, tal y como había hecho siempre el carlismo desde que apareciera en la primera versión del Oriamendi, escrita originariamente en lengua vasca. En noviembre de 1949, esta sociedad señala en *El Pensamiento Navarro* que su objetivo es lograr «la hermandad de todas las gentes del país que crean en Dios, obedezcan a la Iglesia y amen a la vieja Euskal Erria». «El Muthiko Alaiak –añaden– va a desarrollar su programa en Navarra como parte integrante del País Vasco y de España». Tendría que esperar, sin embargo, nada menos que dieciséis años para poder abrir su primera ikastola, el año 1965, en colaboración con Radio Requeté, que emitía las clases durante quince minutos diarios (Martorell, 2006).

Es más que significativo que «Premín de Iruña», como se le conoce también a Ignacio Baleztena, y los vascólogos carlistas de Guipúzcoa participaran juntos en la celebración del Congreso de Estudios Vascos celebrado en

Vergara en septiembre de 1930, cuyo aurresku inaugural fue interpretado por este ilustre pamplonés; que juntos defendieran el Estatuto Vasconavarro de Estella al comenzar la II República; que ambos se esforzaran por recuperar la lengua vasca durante los duros años de la posguerra; que el Muthiko coincidiera con Arrue en el homenaje el año 1960 a Zumalakarregi en Zegama, y que el 30 de abril de 1967 volvieran a coincidir en la Plaza de los Fueros de Lizarra cuando pronuncia su discurso político más comprometido con Euskaltzaindia.

En esa misma plaza, donde los dantzaris del Muthiko Alaiak eran aplaudidos por carlistas de todas las regiones, desde un balcón que hacía de improvisada tribuna, flanqueado por los retratos de Don Javier y Carlos Hugo de Borbón-Parma, Arrue comenzó su arenga con unos párrafos en euskera para continuar, después, en castellano. Con la plaza y las calles adyacentes nuevamente abarrotadas de boinas rojas, Arrue anunció que la Comunión Tradicionalista se adhería de forma oficial al memorándum elevado por la Academia al Ministerio de Educación con el objeto, según dijo, de «conservar este monumento único de la lengua vasca», añadiendo, a renglón seguido, que el carlismo tenía la misma posición con el gallego y el catalán.

Aunque ya había manifestado sus prevenciones hacia la elección de procuradores a Cortes por el Tercio Familiar, en aplicación de la recién aprobada Ley Orgánica del Estado, Arrue reconoce que este tipo de elección directa brindaba «una oportunidad» política que el carlismo no podía desaprovechar, defendiendo, de paso, que se reconocieran los partidos políticos. Luego insiste en que en esas Cortes no están representadas las regiones que, «al menos en España, tienen personalidad propia». «Las regiones – dice – fueron las avanzadas constructoras de la actual nación y esta no puede olvidar la presencia regional, pues constituye aún la columna viva que sostiene la sociedad en que vivimos» (revista Montejurra, nº26).

Tras asistir en 1968, de nuevo junto a Antonio Zavala, al congreso sobre la unificación del euskera en Aránzazu, realizaría otra de sus grandes aportaciones a la Academia. En 1969 se vio la necesidad de dar a Euskaltzaindia la entidad legal de la que carecía y que determinaba seriamente sus actuaciones a causa de la debilidad jurídica que esto suponía. La intervención de

Arrue en la actualización de los estatutos también fue esencial, completando esta labor tres años después. Según recuerda Villasante, se hicieron varios viajes a Madrid para conseguir la legalización y en uno de ellos, tras haber hablado con un ministro, dio la impresión de que se alcanzaría el ansiado objetivo. Incluso Arrue propuso celebrarlo cuando, concluida la entrevista, se dirigieron a un restaurante para comer: «Hoy es un día grande y, para celebrarlo, pidamos un vino de marca». Pero aquel brindis resultó vano; la legalización solo llegaría una vez muerto Franco (Arrue, 2008. Presentación biográfica de Antonio Zavala, pág. XVII).

El 22 de julio de 1969, dos meses después de los graves disturbios registrados en Estella por la nueva expulsión gubernativa de los Borbón-Parma, Arrue protagonizaba su mayor desplante al régimen. Ese día, las Cortes tenían que refrendar con su voto la designación por el Generalísimo del príncipe Juan Carlos como heredero a la Corona de España. Inicialmente, según recuerda el hijo de Arrue, estaba previsto que la votación se realizara de forma secreta y bajo la supervisión del presidente de la cámara. Los cuatro procuradores carlistas por el llamado Tercio Familiar, entre ellos Arrue, consiguieron el compromiso de una treintena más para emitir un voto negativo. Sin embargo, Franco no quería ningún tipo de oposición. Impuso no solamente su presencia, sino que la votación fuera nominal, en pie, uno a uno y a vozalzada. Al menos la mitad de los confabulados incumplieron el compromiso, mientras los síes se iban sucediendo ante la atenta mirada del Caudillo. Solamente diecinueve se atrevieron a desafiar al dictador, entre ellos los cuatro carlistas. De nuevo allí estaba Antonio Arrue. Cuando le llegó el turno, se puso en pie y pronunció un «No» que parecía, más que un voto, un grito de protesta.

Prácticamente esta fue su última intervención pública de Arrue, cuyo desencuentro con la orientación cada vez más izquierdista de Carlos Hugo le llevó a apartarse de toda actividad política sin que, por ello, renunciara a sus principios tradicionalistas. Fue precisamente esta integridad, esta coherencia ideológica, la que le granjeó el respeto de muchos intelectuales con ideas muy distintas a las suyas. Se podrían poner unos cuantos ejemplos, pero tal vez el más significativo de todos sea el de Koldo Mitxelena, con quien mantuvo una larga y estrecha amistad. Su hijo Juan María recuerda sus visitas a casa. Era habitual que se acercara a comer con su mujer, Maite,

que también estableció una amigable relación con la de Arrue. Asimismo recuerda que, en esos años de compromiso mutuo, Mitxelena hacía la crítica de novelas policíacas, algunas de las cuales, una vez leídas, regaló a Juanmari. La amistad y el respeto entre ambos, como ocurría con otros miembros de la Academia, estaban por encima de las diferencias políticas. El hijo de Arrue pone como ejemplo que, pese a su declarada militancia nacionalista y a tener por esta razón antecedentes policiales, su padre, junto a Agud Querol, otro amigo suyo, avalaron a Koldo Mitxelena para que pudiera acceder a la cátedra de Filología de Salamanca, cátedra que, sin este respaldo, difícilmente habría conseguido.

Luis Villasante en su elogioso prólogo al libro *Jan edenak* define a Arrue como el «colaborador que nunca falló» a Euskaltzaindia. Otros tuvieron, igualmente, palabras elogiosas por su inestimable aportación a la Academia. Eugenio Goyeneche, de la revista *Eusko Jakintza*, lo consideró «el mejor orador en vascuence» en esos difíciles años. Para Antonio Zavala, sus méritos eran más que suficientes por «la adhesión que siempre había mostrado a nuestro idioma» para figurar en el cuadro de honor. Lo mismo se podría decir de su paisano Bernardo Atxaga, de José Luis Álvarez Enparantza «Txillardegi» o Xabier Kintana, quien destacó su ayuda para sacar adelante el método de aprendizaje *Euskalduntzen* (Ibargutxi, 2009). En el escueto perfil que le dedica la obra *Nuestro siglo. Cien años en la cultura vasca* se reconoce que fue «para Euskaltzaindia el firme y leal pilar sobre el que se apoyaba todo el trabajo de gestión», aunque no hace referencia a la otra gran causa a la que dedicó toda su vida, simbolizada por el retrato de «su Rey», Javier de Borbón-Parma, que presidía su despacho, en el que el 17 de noviembre de 1976, trabajando por la tarde, le sorprendió la muerte.

Bibliografía

ARRUE, A., 2008, *Idaztiak eta hitzaldiak*. Presentación de Antonio Zavala. Bilbo: Euskaltzaindia.

IBARGUTXI, F., *El hombre que sacó de apuros a Euskaltzaindia*. San Sebastián: El Diario Vasco, 3-5-2009.

LÓPEZ ANTÓN, J.J., 1999, *Escritores carlistas en la cultura vasca*. Pamplona: Pamiela.

MARTORELL, M., 2006, *Muthiko Alaiak. 75 años de nuestra Historia*. Pamplona: Muthiko Alaiak.

———, 2010, *Retorno a la lealtad. El desafío carlista al franquismo*. San Sebastián de los Reyes (Madrid): Editorial Actas.

ORBE Y VIVES, I., 1938, *Diario de mis viajes por España con S. M. el emperador Otto de Austria y S. A. R. el Príncipe Regente, Don Francisco Javier Borbón Parma*. Astigarraga (Guipúzcoa).

SANTA CRUZ, M., *Apuntes y documentos para una Historia del Tradicionalismo Español*. Tomo 2 (1979); Tomo 4 (1979); Tomo 12 (1983); Tomo 18 (1988); Tomo 21 (1989); Tomo 22 (1989); Tomo 28 (1991). Madrid: Fundación Hernando de Larramendi.

VILLANUEVA, A., 1998, *El carlismo navarro durante el primer franquismo*. San Sebastián de los Reyes (Madrid): Editorial Actas.

YOLDI, P., 2011, Bertan 24. Euskera. Donosti-San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa.

1965 *Acto cultural en Azcoitia. Carlos VII y la poesía vasca*. Pamplona: revista Montejurra nº12. Diciembre, 1965.

1967 *Gente que cuenta. Don Antonio Arrue Zarauz*. Pamplona: revista Montejurra nº24. Marzo, 1967.

1967 *El Estado no puede olvidar la presencia regional...* Pamplona: revista Montejurra nº26. Mayo, 1967.

Archivo Fal Conde. Universidad de Navarra.